

QUÉ ENTENDEMOS POR FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

En éste artículo intentamos dar una síntesis abarcativa, pensando en la influencia que en la filosofía de la educación tienen, los temas tratados hasta ahora. En la última parte de la obra de M. Foucault, a partir de su *Hermenéutica del Sujeto* y los demás seminarios que surgen de esta, aparece una posible lectura de la filosofía como ejercicio espiritual y arte de existencia. Esta lectura está basada en la influencia, entre otros, del especialista en pensamiento antiguo Pierre Hadot, al que ya hicimos referencia a lo largo de este libro. La filosofía deja de ser pensada teniendo su foco solamente, aunque no excluyentemente, en la creación de conceptos, saberes, o sistemas de ideas o pensamientos, y a partir de un ejercicio puramente racional. Desde esta perspectiva, en el corazón mismo de la filosofía antigua y sus herederos, nos encontramos con la perspectiva educativa, o formativa del género humano. Todo esto nos llevará a definir una filosofía de la educación como “pedagogía del género humano”, que entiende que filosofía y formación humana se identifican teniendo como foco problemático la vida misma, durante toda la vida. La filosofía es esta materia tan extraña que continuamente vuelve y retorna a hablar de sí misma. El eterno retorno de la propia idea de sí misma es siempre diferente, o puede ser diferente, aunque siempre hay “parecidos de familia” como dice Wittgenstein, un trasfondo común, pues hay una tradición de más de veinticinco siglos de creación en Occidente. Ni hablemos de la “definición” de la educación en tanto que, dada su amplitud y a la vez complejidad, es difícil encontrarnos con una única o mejor definición, pues es a través de la educación que el ser humano se transforma nada menos que en humano. La filosofía se desarrolló desde la antigüedad (por lo menos del V AC) como “arte de existencia” con una función predominantemente formativa y esta idea ha sido retomada por diversos filósofos desde esa época hasta nuestros días. La filosofía nació a partir del asombro o la admiración como dice Aristóteles (*thaumas*), un punto de partida que exige e implica para los seres humanos una “conversión” (*metanoia*) de la mirada, de la forma de estar en el mundo a partir del diálogo, el encuentro, el pensamiento, que tiene como centro el auto-examen y el examen de los otros, de la vida. Esta preocupación en el *bios*, la podemos ver en el momento socrático-platónico que aparece en el *Laques*. Este escrito ha sido considerado por nosotros, precisamente, como un texto sobre la buena o mala educación. Es llamativo el motivo por el que unos padres que aparecen en el diálogo

como personajes centrales (*Lisímaco y Melesias*), se preguntan por la “buena educación”. Precisamente ellos, como antaño sus padres (por ser importantes estrategas, personajes públicos), creen que no se han dedicado ni preocupado suficientemente por la educación de sus hijos. Finalmente el tema es que al encontrarse con Sócrates, el problema central a pensar, ya no es sólo cuál es la mejor educación y quién es el más indicado para hablar de ella (que en definitiva es el “técnico del alma”) sino que la pregunta principal, como siempre ocurre en la educación socrática, es *la pregunta por nosotros mismos*⁵²; cómo llevamos los días, qué hacemos con nuestra vida, en definitiva, la pregunta por el cuidado de sí y de los otros, a partir de la inquietud y el autoconocimiento⁵³. Nos parece que ésta es la gran enseñanza de esta filosofía de la educación en esta relectura contemporánea de la tradición antigua. Lo importante es comenzar a destacar una visión de la filosofía, y específicamente de la filosofía de la educación como forma de vida y experiencia de examen y autoexamen de sí mismo y el mundo que tiene como finalidad formativa el cuidado de sí mismo y los otros. Claro que las ideas filosóficas sobre “escuela” forman parte de la preocupación de la filosofía de la educación como disciplina centrada en un saber, de la que también hablamos o partimos. Pero si se trata de ideas, no sólo deben tomarse en cuenta las ideas sobre la institución escolar, cualesquiera sean sus niveles, o sobre la enseñanza y/o el aprendizaje en la institución escolar, la educación formal o informal, etc., sino que el foco del pensamiento se amplía o abarca toda la formación de lo humano en cuanto humano, la formación incluso de la humanidad como meta a ser superada por una mejor humanidad (esto implica una mezcla del ideal kantiano de la Ilustración, con la idea del ultrahombre nietzscheano⁵⁴, tema que hemos desarrollado en la parte II de este libro). Nosotros creemos, además, y este es un *plus* más que importante, que la filosofía debe entenderse mucho más que como una materia o una disciplina, una tradición: es el lugar

⁵² “Me parece que ignoras que, si uno se halla cerca de Sócrates en una discusión o se le aproxima dialogando con él, le es forzoso, aún si empezó a dialogar sobre cualquier otra cosa, no despegarse, arrastrado por él en el dialogo, hasta que lo sopesen bien y suficientemente todo. Yo estoy acostumbrado a éste; sé que hay que soportar estas cosas, como también que estoy a punto de sufrir tal experiencia personal” (Platón, *Laques*, 188c).

⁵³ Amplios desarrollos sobre esta cuestión pueden ser encontrados en de Andrea Díaz y Enrique Puchet (comp), *Inquietud de sí y educación. Hacia un replanteo de la Filosofía de la educación I*, 2010. Y en este mismo libro.

⁵⁴ Sobre mi visión de Nietzsche en relación a Kant, ver mi libro: *El eterno retorno de lo mismo o el terror a la historia*, Editorial Ideas, Montevideo, 2008 o el artículo en la web “Nietzsche versus Kant” Revista Actio, 5, octubre de 2004 .<http://www.fhuce.edu.uy/actio/Textos/5/AndreaDiaz.pdf>

(*topos*) desde donde la humanidad se ha pensado “formativamente” a sí misma para posibilitar una vida mejor. Y una vida mejor es una vida examinada, una vida que tiene inquietud de sí, preocupación por sí misma y los otros, que se piensa a sí misma para mejorar. Bien, después de decir esto, podemos expresar otras características que hacen a lo que entendemos cuando hablamos con filosofía de la educación como *psicagogia* de la humanidad desde una re-interpretación contemporánea de la filosofía antigua.

La filosofía de la educación desde la posición de ignorancia.

Si la filosofía de la educación es un arte de existencia, esto significa que el maestro es un *medium* o un *topos* que nos vincula con nuestras propias preguntas, en el decir de Nietzsche con nuestro “unicum” (esto está analizado en el artículo de este libro referido a este pensador). El filósofo pedagogo o formador del género humano en la tradición antigua⁵⁵ acompaña, dialoga, aconseja (es el caso de los estoicos, por ejemplo), enseña con el ejemplo, indaga, ayuda a que el discípulo se piense a sí mismo y teorice a partir de las preocupaciones de su propia vida (en el caso de Sócrates, por ejemplo). La escena de la *epimeleia heautou* (el cuidado de sí) que implica la inquietud y el autoconocimiento (*gnothi seautou*) ocurre en el marco de la ciudad (*Polis*). Somos ciudadanos de la polis y en este sentido políticos, sin embargo, el maestro Sócrates, se aleja eventualmente del “ágora” y de la función pública que le correspondía como ciudadano de la Polis. Foucault nos explica la razón en *El Coraje de la verdad* (2010), su motivo profundo. Simplemente lo hace para no morir antes. Su misión urticante, que genera desasosiego, inquietud, incluso vergüenza (esto es lo que le produce por ejemplo Sócrates a Alcibíades en el *Banquete*, o lo que aclara el Sócrates platónico en la *Apología*, como ya hemos visto), que cuestiona, que pide “conversión” (transformación de la mirada y el modo de vida) molesta a los poderes instituidos. Sócrates igual muere, pero finalmente sucede que de haberse dedicado a la política se hubiera muerto antes. Convertirse a la filosofía implica producir una conmoción interna, que trae una transformación radical de nuestra manera de ver nuestra propia vida y el mundo. Cuando uno es “mordido por los discursos filosóficos” (expresión que utiliza Alcibíades en el *Banquete*) no puede dejar de examinarse durante toda la vida. Dice el Sócrates platónico del *Laques* acerca de los que se acercan a Sócrates: “está deseoso de aprender

⁵⁵ Ver nuestro libro *Inquietud de sí y educación* (2010)

mientras viva y no cree que la vejez por sí sola aporte sentido común” (Platón, 188c). Y esta es la gran función de la filosofía en la educación como formadora del género humano. Sócrates solía decir que era el tábano de sus conciudadanos. En el sentido de que su función era picar, molestar, desacomodar, instar a que el sujeto se preocupara-preguntara, conociera, inquietara. Una vez que somos “molestados” por el tábano de la filosofía ésta pasa a ser un modo de vida y de estar en el mundo. Por esto la filosofía es más que una materia o una tradición, es un modo de existencia, es un arte de existencia, es un modo de estar en el mundo que una vez que “pica”, muerde, y mucho más enamora (ver el *Banquete* de Platón) con un amor que no nos deja, no acaba. Pero sobre todo es una experiencia, un acontecimiento que se realiza con otros, en diálogo con otros que comparten este modo de vida, un “giro existencial”. El acto “formativo” atravesado por la filosofía, es una experiencia transformadora que conmueve el ser y transforma la vida en concomitancia con este acontecimiento (formar aquí es transformar). Decía Séneca en uno de los escritos, “¿dónde está el sabio que tanto buscamos?” El que más se acerca a esta figura ideal es precisamente Sócrates. Y esta figura, en una lectura muy particular, ha estado presente explícita e implícitamente en todos los artículos que conformar este libro. Precisamente Sócrates se sitúa en el sitio de la ignorancia. El acento debe estar en la búsqueda, y en un saber armonizar esta búsqueda con un modo de vida. No es que Sócrates no sepa nada, sino que este lugar de la ignorancia es el sitio que nos posiciona en la búsqueda filosófica a partir de la falta. La filosofía cuando es formativa, no sólo debe enseñar un saber (esto ya es historia de la filosofía que obviamente puede ser enseñada filosóficamente), sino sobre todo a ignorar, a sopesar y examinar todo, y ver que aquello que pretendíamos seguro ya no lo es tanto. No se enseña filosofía decía Kant, sino primeramente se enseña a filosofar. El destacado y ya fallecido profesor de filosofía uruguayo Silva García decía en una entrevista que le hice antes de morir: “Así como otros son budistas, algunos son cristianos, yo elegí a la filosofía como forma de vida” (1995: 24) Este tábano que pica, esta mordedura que envenena pero también enamora, no debe quedar en el maestro, el maestro posibilita esa conexión, esta sublimación (Freud *dixit*) de la energía sexual, de la libido que me permite conectar con algo que no acaba. Ese infinito mar de pregunta, esa conexión con la incertidumbre que busca certeza para encontrarla y volver a perderla, esta nada y este algo(a medio camino entre el saber y la ignorancia), lleno de sentidos que se vuelven a perder y a tornar imprecisos bajo la luz de la interrogación que predomina.

La filosofía , la educación y el amor que no se posee

Muchas veces entendemos al filósofo como sabio, *sophos*, y no como amante, *erastés* o amigo de la sabiduría (justamente lo que significa *filo-sofia*) en la tradición socrático- platónica de la que partimos, amante de la sabiduría es amar algo que nunca se posee. Para explicar bien esto, nos deberíamos remitir brevemente a una obra madura de Platón, *Banquete*. Nuestro objetivo aquí no es hablar del *Banquete* de Platón, dado que lo hemos hecho abundantemente en la primera parte de este libro, pero sí para poder fundamentar nuestro pensamiento sobre el particular, referirnos brevemente a esta tradición. A partir del relato de Diotima, la mujer que sabe sobre el amor en el *Banquete*, de alguna manera el alter ego femenino de Sócrates en el imaginario platónico. Ocurre que el gran amado (*erómeno*) pasa a ser Sócrates (y esto es un escándalo y no sólo por la fealdad del mismo, sino porque él ocupa el lugar de amante-*erastés*, y no *erómeno*-amado). En la interpretación foucaultiana (ver, *Historia de la Sexualidad* tomo II), lo que verdaderamente hay que amar es la filosofía. Es interesante este giro, sabemos que en el *Banquete* de Platón se presentaron diferentes visiones sobre el amor, pero esta es la que queremos destacar y la que nos interesa ahora. La filosofía es amor a la sabiduría y esto debe ser entendido como deseo de lo que no se posee. Y es lo que significa el amor platónico. El asunto es éste: lo que verdaderamente hay que amar no es a Sócrates, Sócrates, como maestro es el que atrae pero como puerta de entrada y para permitir el acto de sublimación posterior de la energía amorosa, e iniciación, por decirlo de alguna manera, hacia lo que verdaderamente hay que amar que es la sabiduría, que ya sabemos que no se posee.

La filosofía de la educación, el goce y la niñez

Y termino con este punto que me parece esencial de la mano de Epicteto el gran filósofo estoico. En carta nro. 22 de las *Pláticas*, nuestro filósofo aparece allí diciendo algo importante en relación al cinismo, o la vida cínica (Epicteto, *Pláticas*, 1963, tomo III). Si bien acepta y explica la filosofía cínica, trata de rechazar su perspectiva del escándalo y su intento de generar repulsión. Hace una defensa en definitiva, de que el maestro de filosofía como educador de la humanidad, debe ser atractivo y no causar rechazo. Si la filosofía quiere transformar el mundo, para formar, debe ser atractiva. Me interesa este punto que puede ser menor, pero que no ha sido suficientemente hablado en relación a la filosofía y la formación humana. Y es el sitio del goce. Para esto voy a

citar finalmente a Montaigne, que también hemos trabado en este libro, y que de alguna manera heredero de estoicos y en este punto sobre todo del epicureísmo y de toda la concepción de la filosofía antigua como arte de existencia. Sus ensayos son una manera y una forma muy peculiar del “Conócete a ti mismo” (*gnothi seauton*) tan caro a los griegos, a partir del cuidado y la inquietud de sí. Nos dice sobre la filosofía:

El alma que alberga la filosofía debe, por su propia salud, hacer sano su cuerpo. La filosofía ha de mostrar hasta exteriormente reposo y bienestar; debe formar a semejanza suya el porte externo y procurarle, por consiguiente, una graciosa altivez, un aspecto activo y alegre y un semblante contento y plácido. El testimonio más seguro de la sabiduría es un gozo constante interior, su estado, como el de las cosas que están por encima de la luna, siempre sereno (2010: 38-39).

La filosofía es una forma de vida, no sólo cambia la vida, sino que esta vida debe estar reflejada en el cuerpo, debe dar felicidad, tranquilidad del alma. Lejos del “espíritu de la pesadez” como decía Nietzsche, transmite alegría, convoca al encuentro y al regocijo. Por esto, debe y también puede ser enseñada a los niños. Esto nos sorprende viniendo de Montaigne en el siglo XVI. El problema de a qué edad debía ser enseñada la filosofía era una cuestión que les preocupaba a los antiguos. Y en esto Montaigne sigue a Epicuro citándolo: “que ni el más joven rehúsa el filosofar ni el más viejo se cansa”(2010, 43). Los niños pueden acceder a la filosofía, y no sólo esto, es necesario que lo hagan. Veamos lo que dice al respecto:

Es grande error presentar como inaccesibles a los niños las verdades de la filosofía, mostrándolas bajo aspectos toscos, ceñudos y terribles. ¿Quién la ha disfrazado con este rostro falso, pálido y odioso? Nada hay más alegre y divertido, jovial, y hasta por así decirlo, juguetón. No pregonan la filosofía sino fiesta y tiempo apacible. La que arruga la frente es la ciencia, que es la educación vista desde el sufrimiento y la obligación. La enseñanza por la imposición, para Montaigne. Sigue diciendo: “Por estas razones no quiero que se aprisione al niño, no quiero que se le deje a merced del humor melancólico de un maestro de escuela...”(2010, 43)

La "filosofía de la educación" de Montaigne solicita seguir el instinto, la conexión con las ganas, la motivación, la voluntad de saber. Que la formación venga de la vida, del entorno de las propias preguntas del niño, de su propia necesidad interna, y de acuerdo a una forma de vivir que le es grata a su espíritu y naturaleza. Nada de imposiciones. Nada de acumulación de conocimiento, sin necesidad interior, sin alegría. La filosofía ha de producir regocijo y contento del alma, ha de surgir y desarrollarse naturalmente como una conversación a partir de las propias preguntas y debe conducirnos a una vida mejor. Aunque no basta con fortificar el alma, nos advierte Montaigne, hay que fortificar los músculos, debe haber una integralidad en esta formación. Lo más importante, no se debe seguir a nadie, uno no se forma para seguir a Platón, Montaigne, sino para seguirse a sí mismo y en definitiva, Montaigne cae en la cuenta de que lo que uno busca es siempre "descubrirse a sí mismo". La filosofía de la educación tiene la mayor importancia porque no hay tema más serio e importante que la educación: "la mayor dificultad de la humana ciencia reside en la acertada educación e instrucción de los niños" (:25).

Nosotros agregamos y pretendimos mostrarlo en este libro, no hay nada más importante y más serio para la filosofía como formación del género humano; la de los niños y en todas las etapas de la vida. Pues el centro de la formación es toda la vida humana, durante toda la vida, pues quien es atrapado por la "forma de vida filosófica", no puede dejar de aprender mientras viva.

Bibliografía

- Díaz Genis Andrea, "Travesía de la razón. Con el profesor Mario Silvia García", en *Revista Posdata*, Montevideo, 24 de agosto de 1995.
- Díaz Genis, Enrique Puchet, *Inquietud de sí y educación. Hacia un replanteo de la filosofía de la educación I*, Editorial Magrú, Montevideo, 2010.
- Epicteto, *Pláticas por Arriano*, Ediciones Alma Mater, Barcelona, 1963.
- Foucault, *Historia de la Sexualidad II. El uso de los placeres. Tomo II*, Siglo XXI, España, 2005
- Foucault, M, *La Hermenéutica del Sujeto*, FCE, México, 2006
- Foucault M.: *El coraje de la verdad*, FCE, México, 2010.
- Montaigne Michel de, *La educación de los hijos*, Veintisiete Letras, Madrid, 2010
- Montaigne Michel de, *Los Ensayos*, Acantilado, Barcelona, 2007.